



LAS LLAVES DEL REINO

SU SANTIDAD, PAPA FRANCISCO

EL 265 SUCESOR DEL APÓSTOL PEDRO



TU ES PETRUS

El Papa americano es el Pastor de la Iglesia universal

¿Por qué San Pedro es considerado el administrador supremo de los apóstoles, dotado de total autoridad dentro de la Iglesia de Cristo? Más aún, ¿por qué al obispo de Roma se lo llama “Sucesor” de Pedro, y por lo tanto, “Cabeza del Colegio Episcopal, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal sobre la tierra”?

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?” Ellos le respondieron: “Unos dicen que es Juan el Bautista; otros Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas”. “Y ustedes”, les preguntó, ¿quién dicen que soy?” Tomando la palabra, Simón Pedro respondió: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Y Jesús le dijo: “Feliz de ti, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos. Todo lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo”. Mateo 16, 13-19.

Así lo expresa el Catecismo:

Jesús ha confiado a Pedro una autoridad específica: “A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”. El “poder de las llaves” designa la autoridad para gobernar la casa de Dios, que es la Iglesia... El poder de “atar y desatar” significa la autoridad para absolver los pecados, pronunciar sentencias doctrinales y tomar decisiones disciplinarias en la Iglesia. Jesús confió esta autoridad a la Iglesia por el ministerio de los Apóstoles... y particularmente por el de Pedro, el único a quien él confió explícitamente las llaves del Reino. *Catecismo de la Iglesia Católica* §553.

Por cierto, luego de que Simón Pedro declara su fe en Jesús concibiéndolo como Cristo, nuestro Señor revela su destino real: “Desde aquel día, Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho de parte de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar al tercer día” (Mt 16, 21). ¡Qué paradoja! Cristo Jesús, en quien el reino de Dios “perdurará para siempre”, es el Rey Crucificado; el “hijo de David” es el rey de los leprosos, los delincuentes, los marginados, los pecadores y los tontos... y

¡Pedro es su vicario! Como era de esperar, Pedro rechaza esto, y así nos lo recuerda el Papa Francisco, en su Misa por la Iglesia en la Capilla Sixtina:

Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz”. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

El Papa Francisco continuó alentando a los cardenales y a todos nosotros a profesar la gloria de Cristo Crucificado porque esa es la obra de la Iglesia. Después de la Resurrección, el Señor refirma la autoridad de Pedro, diciéndole: “Apacienta mis ovejas” (Juan 21, 17). Y luego Jesús le manifiesta que él [Pedro] deberá imitar la propia crucifixión de Cristo. Como el Buen Pastor, Pedro estaría dispuesto a dar su vida por las ovejas.

Se cree que San Pedro ha evangelizado y fundado iglesias en todo el Mediterráneo oriental después de salir de Jerusalén. Sin embargo, de acuerdo con la tradición de la Iglesia, oriental y occidental, el Primer Discípulo fue martirizado en Roma, atado a una cruz invertida (con la cabeza hacia abajo), entre mediados y fines de los años 60 d. C. La importancia de la muerte de San Pedro en Roma no puede ser subestimada; la Iglesia de Roma goza de primacía entre las iglesias de Dios porque la tradición cristiana ha identificado a Roma como el sitio donde el apóstol Pedro dio su vida imitando a su Señor Crucificado: por cierto, el altar mayor de la Basílica de San Pedro en el Vaticano marca el lugar exacto bajo el cual descansan sus restos (literalmente, ¡la iglesia está construida sobre Pedro!). Más aún, para mayor honor de Roma, también San Pablo fue martirizado dentro del recinto de esta ciudad; la Basílica de San Pablo de Extramuros marca el lugar donde fue sepultado.

Sin lugar a dudas, la “autoridad preeminente” de Roma es su fe, bautizada en la sangre de sus ilustres mártires (entre ellos, muchos de los primeros obispos de Roma), con Pedro como el primer papa martirizado.

En sus primeras palabras desde el balcón, el Papa Francisco expresó:

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad.

Si bien el Papa Francisco reconoce que su rol es el de ser sucesor de Pedro como obispo de Roma, él es también pastor de la Iglesia universal y quien la preside en la caridad y en una comunión fraternal. Existe, por cierto, una jerarquía, pero esta jerarquía está ordenada por el amor; el obispo de Roma, el Papa, es un siervo de la comunión.

Tu es Petrus: Así canta el coro en la ceremonia inaugural de un nuevo pontificado. Observen, el obispo de Roma no es el sucesor del hombre que lo precedió en este oficio, sino el sucesor de Pedro... por cierto, se lo identifica místicamente con el mismo San Pedro. ¿Por qué es así?

Tal como se indicó anteriormente, nuestro Señor edifica su Iglesia, el Reino de Dios, sobre la roca de la persona y la fe de Pedro. San Pedro, entonces, (junto con San Santiago, San Juan, San Pablo y los otros apóstoles), sigue siendo el cimiento eterno de la Iglesia. Más aún, como administrador supremo del Reino, la vocación de San Pedro es única e irremplazable. Sin embargo, su *oficio* (o función) y su *cátedra* (autoridad en administración y enseñanza) continúan vigentes sobre la tierra. En este sentido, entonces, los papas, los obispos de Roma, son “sucesores de Pedro”. En otras palabras, sus sucesores tienen a su cargo la principal administración de la Iglesia de Dios sobre la tierra únicamente mientras conserven el oficio de Pedro y presidan desde su cátedra. Típicamente, entonces, solamente se libera a un papa de sus responsabilidades por causa de muerte. Sin embargo, tal como lo hemos visto en algunas ocasiones a lo largo de la historia (y más recientemente, durante el pontificado de Benedicto XVI), es posible que el papa renuncie, abiertamente, a sus responsabilidades como sucesor de Pedro y se las “transfiera” al siguiente obispo de Roma.

En última instancia, el misterio de San Pedro y el papado es, de comienzo a fin, el misterio del servicio de amor cristiano, aún hasta el punto de la humillación, aún hasta la cruz. Los privilegios y las responsabilidades de San Pedro (y, por extensión, de sus sucesores) no tienen absolutamente ningún sentido fuera de este contexto; después de todo, son participaciones especiales en el misterio de Cristo, que dió “su vida en rescate por una multitud”.

Es por esta razón que todo hombre convocado al ministerio papal (nuevamente, sin excepción) es llamado a convertirse, por excelencia, en el ícono mismo del Amor Crucificado. Asimismo, si se le otorgan privilegios y responsabilidades únicas, es para que pueda servir a cada miembro del Cuerpo de Cristo en nuestro recorrido hacia la transformación en Cristo Crucificado, en Amor de entrega y sacrificio personal.

"Tengan el valor de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor".

- Papa Francisco